

- 19 Martínez Peinado, 1996.
 20 Overbeek, 1984.
 21 Overbeek, 1984 y Martínez Peinado, 1996.
 22 Coontz, 1974.
 23 Overbeek, 1984.
 24 Coontz, 1974.
 25 Citado por Toyé, 2000: 27.
 26 Moggridge, 1973.
 27 Sarayana, 1973.
 28 Citado por Overbeek, 1984: 182
 29 Cohen, 1995.
 30 Pearl y Reed, 1920.
 31 von Foerster et al., 1961.
 32 Deeevey, 1960.
 33 Simon, 1996.
 34 Boserup, 1984.
 35 Coontz, 1974.
 36 Coontz, 1974.
 37 De Castro, 1950.
 38 Overbeek, 1984.
 39 Coontz, 1974.
 40 Coontz, 1974 y Overbeek, 1984.
 41 Coontz, 1974.
 42 Becker, 1981.
 43 Overbeek, 1984.
 44 Overbeek, 1984.
 45 Simon, 1996; Boserup, 1984.

Capítulo 4

El debate actual en torno a los efectos del crecimiento de la población sobre el desarrollo económico

Las discusiones sobre políticas demográficas en el siglo xx han estado dominadas por el debate de si el crecimiento de la población es un problema o no y por cómo encarar dicho problema (si es que realmente existe). La Conferencia Mundial de la Población celebrada en Bucarest en 1974 se caracterizó por la discusión protagonizada por quienes opinaban que, para que salir de la situación de pobreza, los países en desarrollo tenían que controlar el crecimiento de su población, y por quienes consideraban (fundamentalmente, líderes de países del Tercer Mundo) que la causa de la pobreza se encontraba en la explotación económica y la dominación política que algunos países ejercían sobre otros y que, por lo tanto, la cuestión demográfica había que dejarla de lado. La relación entre el tamaño de la población y el crecimiento económico se mantiene hoy día como un área de debate entre economistas y demógrafos que discrepan sobre si el primero limita, promueve o es independiente del crecimiento del segundo.

En el pasado el debate enfrentaba claramente a las grandes líneas ideológicas. Se consideraba que la economía occidental, neoclásica y no marxista estaba a favor de las políticas que defendían el freno del crecimiento demográfico, mientras que la corriente contraria se oponía a esas estrategias en todos los casos. Hace unas décadas el debate comenzó a girar menos en torno a las grandes líneas ideológicas ya que aparecieron varios economistas neoclásicos (Hayek, Bauer, Simon) rechazando contundentemente la idea de que el crecimiento de la población fuera un problema para el desarrollo. Asimismo, diversas tendencias marxistas y neomarxistas asignaban al crecimiento demográfico un papel más importante en sus teorías sobre el desarrollo. De hecho, algunos países con gobiernos de corte marxista (Vietnam y China, principalmente) pusieron en marcha políticas muy drásticas de control demográfico¹.

En la actualidad, el debate sobre el crecimiento demográfico enfrenta a neomalthusianos y antineomalthusianos. Los primeros, que reciben el respaldo de ecologistas y biólogos, dudan de la capacidad de los sistemas naturales para adaptarse al crecimiento demográfico, mientras que los segundos encuentran sus mayores apoyos entre los economistas, mucho más seguros de la capacidad de los humanos y sus instituciones para adaptarse y acomodarse al crecimiento poblacional. En los siguientes apartados se van a revisar las bases y las posiciones de los científicos más relevantes de cada una de dichas posiciones.

4.1. LA VISIÓN PESIMISTA DEL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO

4.1.1. *Kingsley Davis*

Kingsley Davis (1908-1997) fue un destacado sociólogo que ayudó a establecer el Departamento de Demografía de la Universidad de California en Berkeley. Fue él quien acuñó los términos «crecimiento cero de la población» y «explosión demográfica» que tan populares se han hecho.

Davis no dudó en referirse al crecimiento demográfico como la «plaga de la población»² y opinaba al más puro estilo malthusiano que enviar alimentos a los países pobres no serviría sino para «construir poblaciones cada vez mayores sobre la base de la caridad»³. Trabajó como consultor en temas de políticas demográficas en la India, Nepal y varios países latinoamericanos; fue uno de los principales partidarios de usar incentivos en las políticas de control demográfico. Propuso una serie de ideas insólitas para frenar el crecimiento de la población: «Por ejemplo, el gobierno podría pagar a la gente que se esterilice, podría correr con todos los gastos que conlleva realizar un aborto, podría aplicar un impuesto elevado a los que quieran conseguir un permiso de matrimonio o tener un hijo y podría establecer una ley que obligue a abortar a las mujeres que se queden embarazadas sin estar casadas»⁴.

En otra ocasión llegó a decir que «se puede argumentar que la reproducción excesiva, es decir, criar más de 4 hijos, es el peor de los crímenes y debería ser ilegal. Uno piensa en la posibilidad de elevar la edad mínima de acceso al matrimonio, imponer severas multas para los embarazos ilegítimos y en esterilizar obligatoriamente a quienes hayan tenido ya cinco hijos [...]. Se podría, por ejemplo, no gravar con más impuestos a las personas solteras que a las casadas; se podría obligar a los padres a pagar más impuestos; se podrían reducir las ayudas que se otorgan a las mujeres por maternidad; se podrían reducir las subvenciones a las familias; y se podrían dejar de dar becas y otras ayudas educativas a los estudiantes que estuvieran casados»⁵.

Kingsley Davis creía que el crecimiento rápido de la población posterga el desarrollo económico de los países porque, para que se produzca un aumento en el ingreso per cápita, es necesario antes agregar capital a la producción con mayor rapidez que trabajo, por lo que consideraba que, la alta tasa de crecimiento demográfico, sobre todo en los países del Tercer Mundo, impide el desarrollo económico. El fuerte crecimiento demográfico de los países pobres se ha conseguido gracias a la caída de la mortalidad, especialmente de las personas con edades más jóvenes. Como consecuencia de ello, estas poblaciones tienen una elevada proporción de niños, es decir, elevados niveles de dependencia que suponen un problema agregado al del fuerte crecimiento poblacional, puesto que los niños tienen que hacer un trabajo extra simplemente para mantener a los niños impidiendo de esa manera el poder dedicar recursos para sentar las bases del

progreso económico. Además, en los países de alta fecundidad, las mujeres tienen que soportar una carga muy grande con los frecuentes partos y la crianza de los hijos, lo que les impide participar en la producción económica más allá de las tareas tradicionales del hogar.

Para compensar la carga que representa la elevada dependencia de los hijos, los padres en los países pobres agrícolas tienden a iniciarlos en el trabajo a una edad muy temprana, lo que, según Davis, no conduce al desarrollo económico ni a corto ni a largo plazo. Lo que se necesitaría para el desarrollo social y económico es que se capacitara a los niños en centros educativos.

Las poblaciones con una estructura demográfica muy joven tienen una ingente cantidad de muchachos deseados de entrar en el mercado laboral lo que exige un fuerte desarrollo económico para absorberlos a todos. Si no se produce el desarrollo económico a la par que el crecimiento demográfico, una gran cantidad de jóvenes se encontrará desempleada. Según Davis⁶, estos jóvenes parados crean una atmósfera de frustración y pueden ser una fuente muy peligrosa de inestabilidad política. Además, para que un país subdesarrollado se industrialice y se desarrolle es necesario que haga una gigantesca reubicación de personas, desde las zonas rurales a las zonas urbanas. Este flujo de personas crea problemas urbanos de grandes dimensiones: de vivienda, de sanidad, de educación, de orden público. Para Davis⁷, el rápido crecimiento de la población en un país todavía subdesarrollado agrava el problema del éxodo rural.

Al aumentar la población y el consumo per cápita se dispara la tasa total de consumo. Conforme van creciendo más y más las ciudades, la congestión urbana se hace más costosa y frustrante. Las medidas que se toman para evitarla (autotopistas, centros comerciales...) simplemente generan más congestión. Si queremos mantener un alto nivel de consumo es necesario reducir el contingente poblacional para minimizar la congestión y la destrucción de los recursos naturales, aseguraba Davis⁸. No obstante, fue consciente de que reducir las tasas de fecundidad podría solucionar unos problemas pero crearía otros, como la alteración de la estructura demográfica, que generaría un profundo proceso de envejecimiento social y conllevaría un aumento de los costes en los servicios sanitarios, dificultades para poder pagar las pensiones, disminución de la eficiencia de la fuerza de trabajo, reducción de las innovaciones técnicas y económicas y «una vida más sombría y aburrida»⁹.

4.1.2. *Ansley Johnson Coale y Edgar Malone Hoover: la teoría de la disolución del capital basada en el crecimiento de la población*

Ansley J. Coale (1917-2002) fue el director del la Oficina de Investigación Demográfica de la Universidad de Princeton. Edgar M. Hoover fue profesor de Economía en las universidades de Harvard y Pittsburgh. Su libro en coautoría

Crecimiento de la población y desarrollo económico (que fue publicado en el año 1958, aunque la versión en español data de 1965) tuvo un impacto muy importante en las políticas públicas internacionales y sirvió de justificación para la promoción del control demográfico como parte de la política exterior del Gobierno de Estados Unidos.

Coale y Hoover utilizaron principalmente información de la India y México para defender sus argumentos teóricos. En el libro anteriormente mencionado, estos demógrafos identifican varios efectos adversos del crecimiento de la población. Según ellos, el rápido crecimiento demográfico genera una sociedad con una estructura por edades muy joven que disminuye el capital disponible por trabajador, dificulta notablemente o incluso impide la necesaria formación de capital y produce un gran número de niños y jóvenes dependientes cuyas necesidades de consumo absorben todos los recursos que de otro modo se podrían destinar a inversiones de bienes de capital.

El punto de partida para conseguir el desarrollo económico es la inversión de capital. El capital representa la existencia de bienes que se utilizan para la producción de otros bienes y no para su disfrute inmediato. Para que una economía crezca, el nivel de inversión de capital tiene que crecer. Por lo tanto, cuanto más alta sea la tasa de crecimiento demográfico, mayor habrá de ser la tasa de inversión. Si una población crece tan deprisa que desborda la tasa de inversión entonces se verá atrapada en un círculo vicioso malthusiano de pobreza; el crecimiento económico quizá será suficiente para alimentar más bocas, pero no para escapar de la miseria. El punto fundamental en el que se basa esta teoría de Coale y Hoover es la hipótesis de que las existencias de capital (incluyendo la tierra) no aumentan en la misma proporción que el trabajo¹⁰.

El crecimiento rápido de la población genera unas altas tasas de dependencia juvenil aumentando las necesidades de consumo de los hogares. Una población que tenga una alta proporción de personas dependientes en relación con las que están en edad productiva puede destinar menos dinero a inversiones. Desde este punto de vista, la alta fecundidad promueve el consumo a expensas de la inversión.

El gran incremento del número de jóvenes dependientes que deben ser alimentados, vestidos, albergados y educados hace más difícil el ahorro y obliga a los gobiernos a invertir en aspectos básicos como la salud o la educación en lugar de hacerlo en sectores «más productivos» (por ejemplo, infraestructuras tales como caminos, obras de regadío y plantas de producción energética) dificultando, por consiguiente, el crecimiento económico. Los países de fecundidad relativamente baja pueden, sin embargo, dedicar todo su ahorro a dotar a los trabajadores de más capital, algo esencial para la elevación del ingreso per cápita¹¹.

Además, según Coale y Hoover, el elevado crecimiento demográfico hace disminuir los salarios, aumenta las tasas de desempleo y el precio de determinados bienes y servicios empeorando la situación de las clases sociales económicamente más desfavorecidas. Todo esto puede ocasionar revueltas e inestabilidad so-

cial, lo cual, a su vez, no favorece tampoco el crecimiento económico. A todo esto hay que añadir que el rápido incremento demográfico impide muchas veces la correcta alimentación de toda la población lo que incrementa el número, la frecuencia y la gravedad de las enfermedades. La baja productividad ocasionada por una salud deficiente puede poner en peligro la calidad de vida de las generaciones futuras y perpetuar la pobreza¹².

En muchos casos, el crecimiento de la población aumenta la necesidad de solicitar ayuda externa, lo que provoca el endeudamiento y prolonga situaciones de dependencia financiera. Todo ello no hace sino ensanchar las diferencias entre los países ricos y los pobres. En definitiva, según Coale y Hoover, para cualquier nivel de desarrollo económico, cuanto mayor sea el crecimiento demográfico, menores recursos disponibles habrá para cada persona.

Se han formulado numerosas críticas a esta teoría de la disolución del capital basada en el crecimiento demográfico. Estas críticas fueron incrementándose conforme fue pasando el tiempo, hasta tal punto que en los años ochenta esta teoría prácticamente ya no se tenía en cuenta en los estudios sobre desarrollo. Una de las principales críticas que se hizo al modelo de Coale y Hoover fue su falta de validación empírica. Por ejemplo, se señaló que algunas zonas de Asia densamente pobladas (Singapur, Hong Kong y Taiwán) tenían los mayores ingresos per cápita. También se puso en duda el impacto que los hijos tienen sobre el consumo y los ahorros. Muchas familias en Asia y África son tan pobres que no son capaces de ahorrar. En estos hogares reducir el número de hijos tendría poco impacto en los ahorros familiares. En estas circunstancias, si las familias pobres tuvieran menos hijos tan sólo podrían consumir «un poco más» en lugar de ahorrar. Se criticó, además, que este modelo teórico sólo ve a los hijos como bocas que alimentar (sin tener en cuenta que también son una forma de ahorro de los padres para la vejez) y que no contempla ninguna modificación del comportamiento reproductivo como respuesta a los cambios que se producen en las variables económicas (por ejemplo, se sabe que a medida que se va desarrollando un país, aumenta el coste de oportunidad de las mujeres, lo que se traduce en un menor nivel de fecundidad)¹³.

En una publicación posterior, el propio Ansley Coale¹⁴ reconoció que el menor nivel de inversiones asociado a una elevada fecundidad sostenida dista mucho de tener el efecto que él y Hoover previeron. El ahorro de los hogares no es necesariamente la principal fuente de inversiones en los países menos desarrollados; por consiguiente, tener menos hijos a cargo quizá no influya en el nivel de inversión de un país. Además, aun cuando la disminución del número de dependientes incrementara los fondos que se pudieran invertir, no hay certeza absoluta de que éstos se fueran a dedicar a inversiones productivas¹⁵.

Desde que Becker y Schultz desarrollaron la teoría del capital humano, que veremos más adelante, los gastos en salud y educación ya no se consideran como simple consumo. De hecho, los gastos en sanidad y educación pueden ser abso-

lutamente indispensables para utilizar el capital físico de un país de manera eficiente.

Coale y Hoover no tuvieron en cuenta muchas inversiones de primordial importancia, especialmente las que realizan los campesinos que normalmente no aparecen en las estadísticas nacionales de inversiones e ingresos. Como ejemplos se pueden citar la construcción y el mantenimiento de pequeños canales de riego, senderos y caminos locales y la mejora de terrazas en áreas dedicadas al cultivo de arroz. Las importantes aportaciones económicas que los hijos hacen a sus hogares desde que son muy jóvenes contradicen la consideración de éstos como simples consumidores, es decir, como personas económicamente dependientes. Los estudios de Caldwell¹⁶, Michaelson¹⁷ y Frank y MacNicoll¹⁸ confirman la idea de que, desde edades muy tempranas, los hijos en los países en desarrollo contribuyen a la economía familiar de manera reseñable¹⁹.

Los fundamentos intelectuales de la tesis de Coale y Hoover no pudieron resistir durante mucho tiempo la fuerza de las críticas. Esto no es muy sorprendente, dado que sus cimientos descansaban en un argumento malthusiano recitado de los rendimientos decrecientes. Coale y Hoover trataron el capital de la misma forma que Malthus trató la tierra, es decir, como una cantidad fija que disminuiría inevitablemente conforme aumentara la población.

4.1.3. El Banco Mundial

El Banco Mundial viene publicando desde el año 1978 una serie de informes anuales sobre desarrollo (*World Development Report*). En 1984 sacó a la luz uno que trataba específicamente sobre la relación entre los cambios demográficos y el desarrollo económico²⁰. Aunque la conclusión a la que se llega en él es que el crecimiento rápido de la población frena el desarrollo económico, también se reconoce que esta relación no es clara ni sencilla. Bajo ciertas circunstancias, se admite, el crecimiento moderado de la población puede ser beneficioso ya que puede estimular la demanda, fomentar la innovación tecnológica y reducir los riesgos de las inversiones. El crecimiento de la fuerza laboral y de las inversiones en educación puede mejorar cualitativamente la capacitación de la población trabajadora. En los países con población muy dispersa, con baja densidad demográfica, el aumento de la población acorta el tiempo requerido para alcanzar el tamaño mínimo necesario para que se generen economías de escala en los transportes, sistemas de comunicación, servicios sociales y sistemas productivos. Además, una población grande puede aumentar el poder económico y militar de un país.

Según el informe, el coste del rápido crecimiento demográfico difiere de un país a otro. Los países con niveles altos de educación, con inversiones en transportes y medios de comunicación y con sistemas políticos y económicos estables están en una situación mucho más favorable para encarar un rápido incremento de la población. En definitiva, los efectos del crecimiento demográfico pueden

variar muchísimo dependiendo del marco institucional, económico, cultural y político del país en cuestión.

Aunque ya hemos visto que Kingsley Davis, Ansley Coale y Edgar Hoover creyeron que el rápido crecimiento de la población frenaría el crecimiento económico al aumentar el consumo de la población juvenil dependiente y disminuir los ahorros per cápita, el informe del Banco Mundial admite, sin embargo, que la simple reducción de la fecundidad en los países pobres no incrementará su capacidad de ahorro por varias razones. En primer lugar, en estos países las familias son tan pobres que tener menos hijos no les permitirá ahorrar más sino que les permitirá aumentar un poco su consumo. En segundo lugar, al no existir en estos países un sistema bancario bien desarrollado, la forma de ahorro de las familias no consiste en guardar el dinero en el banco (que es lo que se contabiliza en las cuentas nacionales) sino comprando tierra, herramientas u otros activos. En tercer lugar, las familias del Tercer Mundo ven a los hijos como una forma de ahorro de la que echar mano cuando en el futuro puedan pasar por momentos difíciles o para cuando los padres sean ancianos y no se valgan por sí mismos.

El Banco Mundial reconoce que no se puede responsabilizar al crecimiento demográfico de la pobreza de los países del Tercer Mundo (sus causas irían más allá) y frenar sólo este crecimiento no garantizaría el desarrollo económico. Reconoce que el crecimiento demográfico no es el causante de las crisis financieras ni de las agitaciones políticas. Y acepta que desde mediados del pasado siglo xx muchos países en desarrollo han conseguido aumentar la renta media per cápita a la par que sus poblaciones crecían rápidamente. A pesar de estas evidencias, concluye recomendado que se frene el crecimiento demográfico para evitar disminuir la calidad de vida de muchas personas por tres razones fundamentales. En primer lugar, porque se considera que el crecimiento demográfico dificulta las inversiones para mejorar «la calidad de la población», al detraer recursos escasos hacia el consumo y no hacia la inversión productiva (lo mismo que defendían Coale y Hoover). En segundo lugar, porque en muchos países los incrementos de la población amenazan el precario equilibrio entre la población y los recursos naturales. Y, en tercer lugar, porque hace más difícil los ajustes que acompañan a los cambios económicos y sociales.

4.1.4. El simposio de Bellagio

En noviembre del año 1998 se celebró en Bellagio (Italia) un simposio sobre «Cambio demográfico y desarrollo económico», organizado por Nancy Birdsall con la subvención de las fundaciones Rockefeller y Packard y la División de Población de las Naciones Unidas. Estas tres instituciones se han caracterizado, como veremos más adelante, por subvencionar numerosos programas antinatalistas. Los participantes de este simposio llegaron a la conclusión de que el rápido crecimiento demográfico de los países en desarrollo tiene un impacto negativo en el desarrollo económico y que la reducción de las tasas de crecimiento

de la población tendría un potencial efecto positivo en el progreso económico. Si a partir de los años setenta la mayor parte de los economistas había tendido a enfatizar que el desarrollo tecnológico podría moderar el impacto negativo inmediato de una población creciente, las nuevas investigaciones²¹ que se presentaron en este simposio cuestionaron esos planteamientos.

La tasa de dependencia forma parte esencial del nuevo análisis desarrollado en Bellagio. La tasa de dependencia es la proporción de los segmentos dependientes de una población (de menos de 15 años y de más de 64) en relación con el segmento «productivo» (la población en edad de trabajar de 15 a 64 años). En este simposio se puso de relieve la gran importancia para el desarrollo económico de los países en desarrollo que tiene la estructura por edad. La alta fecundidad pasada ha provocado que ahora muchos países tengan un gran número de trabajadores, aunque la reciente caída de la fecundidad ha permitido disminuir el peso de los jóvenes dependientes. Como todavía no hay un número muy grande de ancianos dependientes, se ha abierto una «ventana de oportunidades» o una situación de «bonificación demográfica», es decir, un período que puede durar unos cincuenta años, durante el cual la tasa de dependencia va a descender. Según algunos demógrafos²², ésta es una oportunidad que se debe aprovechar, ya que, una vez pasado este período, volverán a aumentar las tasas de dependencia (esta vez debido al mayor peso proporcional de la población anciana). Esta distribución por edades en la que comienza a disminuir la población más joven puede ser una oportunidad siempre que la población trabajadora tenga una buena formación y disponga de suficientes empleos.

En el simposio de Bellagio se advirtió que los efectos positivos de la caída de la fecundidad en los países en desarrollo son importantes, aunque no determinados, y su éxito dependerá en gran medida de las políticas económicas que acompañen a esa transición demográfica. Los países del este asiático fueron capaces de aprovecharse de las oportunidades que les ofreció la «bonificación demográfica» por la política económica que llevaron a cabo (disciplina fiscal, mercados abiertos y competitivos, importantes subvenciones públicas en educación y salud, etcétera). Los participantes en el simposio estuvieron de acuerdo en señalar que la caída de la fecundidad puede estimular el desarrollo económico («la población importa») pero no es, ni de lejos, una razón suficiente para garantizar el crecimiento económico²³.

En este simposio se concluyó que el crecimiento económico no es un fin en sí mismo sino un medio para alcanzar un mejor nivel de vida y sería contraproducente diseñar políticas demográficas intimidatorias que obligaran a las familias a tener menos hijos de los que desean, puesto que uno de los objetivos del desarrollo es la libertad individual. Esto hay que interpretarlo como una clara crítica a los gobiernos comunistas de China que, aunque están consiguiendo en los últimos años que el país crezca a una tasa muy elevada han mantenido durante muchos años una agresiva política demográfica que viola los derechos humanos básicos de sus ciudadanos.

4.2. LA POSICIÓN NEUTRAL: EL CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN NO TIENE UN EFECTO SIGNIFICATIVO SOBRE EL CRECIMIENTO ECONÓMICO

4.2.1. Richard A. Easterlin

Richard Easterlin (nacido en 1926) es profesor de Economía en la Universidad del Sur de California y ha sido miembro de la Academia Nacional de las Ciencias de Estados Unidos. Defiende que, tanto desde el punto de vista teórico como empírico, no se puede encontrar una asociación clara entre el crecimiento demográfico y el económico. Se pueden dar razones tanto de que el crecimiento de la población estimula el crecimiento económico como de que lo frena. También señala que se producen los conocidos como «efectos compensadores». Por ejemplo, la caída espectacular de las tasas de mortalidad y la extensión de la esperanza media de vida (que ha sido la principal causa del rápido crecimiento demográfico) genera unos efectos tan positivos sobre la productividad económica que puede compensar los posibles efectos negativos del crecimiento de la población.

En los distintos análisis que llevó a cabo pudo apreciar diferentes resultados sobre la asociación de estas dos variables (crecimiento económico y demográfico): a veces no hay ninguna asociación, en otras ocasiones es positiva, y en otras, negativa. Para Easterlin²⁴, quizá la lección más importante que se puede sacar es que en los últimos dos siglos el crecimiento acelerado de la población no ha impedido el incremento de los ingresos per cápita y que, por lo tanto, los efectos adversos que el crecimiento de la población ha tenido sobre el desarrollo económico, resaltados por los medios de comunicación y por los trabajos de algunos investigadores, se han exagerado.

4.2.2. El Comité de Población de la Academia Nacional de las Ciencias de Estados Unidos

El Comité de Población fue creado por la Academia Nacional de las Ciencias de Estados Unidos en el año 1983 con el objetivo de aplicar los conocimientos y los métodos de la demografía a los temas de mayor interés público (fecundidad, salud, mortalidad y flujos migratorios). La Academia Nacional de las Ciencias es una sociedad honorífica de gran prestigio compuesta por distinguidos investigadores y dedicada al fomento de la ciencia y la tecnología para el bienestar general. La creó el presidente Abraham Lincoln en el año 1863.

En el año 1971, la Academia de las Ciencias publicó un informe (*El rápido crecimiento de la población: consecuencias e implicaciones políticas*²⁵) en el que se hacía hincapié de manera muy enérgica sobre las consecuencias graves de las elevadas tasas de crecimiento de la población en los países en desarrollo y en el que se recomendaba vehementemente la aplicación de políticas que redujeran

la fecundidad. Sin embargo, en otro informe del año 1986, titulado *Crecimiento de la población y desarrollo económico: cuestiones políticas*, la Academia²⁶ adoptó una postura mucho más moderada ya que: a) reconoció que el crecimiento y el tamaño de la población pueden tener efectos tanto positivos como negativos; b) examinando los vínculos directos e indirectos entre población y desarrollo, reconoció que anteriormente se había atribuido a la primera variable el origen de varios problemas que, en realidad, se debían a otras causas; y c) señaló que muchas veces lo único que hace el crecimiento demográfico es agravar los efectos perniciosos que supone la puesta en marcha de políticas ineficaces²⁷.

En sus conclusiones, la Academia admite que se ha exagerado la preocupación del impacto del crecimiento demográfico sobre los recursos naturales no renovables y que es importante admitir que no hay ningún recurso no renovable que sea irremplazable. Cuando un bien comienza a escasear suben los precios, lo que desencadena un proceso en el que se estimula la búsqueda de otros recursos alternativos. Históricamente, esta estrategia de adaptación ha tenido mucho éxito.

En cuanto a los recursos naturales renovables, los expertos de la Academia creen que una tasa de crecimiento de la población más baja, en algunos casos, puede ayudar en el corto plazo a reducir la tasa de degradación de algunos bienes como el aire, el agua y algunas especies de animales y plantas. A largo plazo, sin embargo, el crecimiento de la población puede servir para ejercer la presión necesaria para que se desarrollen instituciones sociales y políticas que protejan el medioambiente y conserven esos recursos, muchos de los cuales son de propiedad comunal.

Aunque en el informe de 1986 se llega a la conclusión «cualitativa» de que, en teoría, un crecimiento más lento de la población sería beneficioso para el crecimiento económico de la mayor parte de los países del Tercer Mundo, también se reconoce, sin embargo, que un juicio «cuantitativo» riguroso de estos beneficios es muy difícil de emitir y dependería enormemente del contexto. Asimismo, se admite que los datos empíricos señalan que, en el ámbito nacional, no hay ninguna relación estadística entre las tasas de crecimiento de la población y las tasas de crecimiento de la renta per cápita. A pesar de su rápido crecimiento demográfico, los países del Tercer Mundo han conseguido unos niveles de ingresos per cápita, alfabetización y esperanza de vida como nunca antes.

Los redactores del informe concluyeron que es el buen funcionamiento de las instituciones humanas lo que más condiciona la relación entre el crecimiento de la población y el progreso económico. Las posibles ventajas de una reducción de la fecundidad podrían variar de un lugar a otro dependiendo de las condiciones medioambientales y económicas. Algunos de los efectos iniciales del crecimiento demográfico son negativos, pero se pueden aliviar o incluso revertir a largo plazo si se ponen en marcha los mecanismos institucionales necesarios como, por ejemplo, los derechos de propiedad de la tierra o un mercado eficiente de trabajo, capital y bienes. A través de la variación de los precios se puede esti-

mular una serie de ajustes, como la introducción de otros factores de producción que hayan aumentado su valor debido al aumento de la población, la búsqueda de sustitutos, la intensificación de las investigaciones para desarrollar procesos de producción mejor adaptados a las nuevas condiciones, etcétera. Cuando los mercados no funcionan correctamente, o no existen, los ajustes a los cambios demográficos son mucho más lentos. En definitiva, los efectos del crecimiento demográfico están muy condicionados por la calidad de los mercados, el tipo de medidas políticas y las características del medioambiente²⁸.

4.2.3. *Amartya Kumar Sen: la solución al problema demográfico no exige menos libertad sino más*

Amartya Sen (nacido en 1933) es natural de la India, se doctoró en la Universidad de Cambridge (Reino Unido) y más tarde fue profesor en la India, el Reino Unido y Estados Unidos. Actualmente enseña en el Trinity College de la Universidad de Cambridge y es profesor adjunto del Centro para el Estudio de la Población y el Desarrollo de la Universidad de Harvard. La Real Academia Sueca de las Ciencias le concedió el Premio Nobel de Economía en 1998 por sus contribuciones a la investigación del bienestar económico.

Amartya Sen²⁹ ha mostrado su preocupación por el efecto negativo que el rápido crecimiento de la población podría tener sobre las ciudades, el medioambiente y la limitación de la libertad de los individuos, fundamentalmente de las mujeres jóvenes. Según él, muchas jóvenes de países en desarrollo ven perjudicadas sus vidas por los partos frecuentes y la crianza de numerosos hijos y en ocasiones sus vidas se ven reducidas a ser meras «máquinas de procrear». Si bien el profesor Sen es partidario de frenar el actual crecimiento demográfico, ha dedicado buena parte de sus publicaciones a denunciar tanto las razones como los métodos coercitivos que defienden quienes apoyan las visiones apocalípticas neomalthusianas sobre el crecimiento demográfico (como, por ejemplo, el ecologista Paul R. Ehrlich).

Uno de los principales temores que expresan los que abogan por el freno demográfico es que pronto no habrá suficiente alimentos para todos. Sen³⁰ demuestra que desde finales del siglo XVIII, cuando Malthus publicó su famoso *Ensayo sobre la población*, el tamaño de la población se ha multiplicado por seis y, sin embargo, la producción y el consumo per cápita de alimentos son muchísimo mayores hoy que en tiempos de Malthus, y este aumento, además, ha ido acompañado de una mejora del nivel de vida. No sólo está aumentando la producción mundial de alimentos sino que los mayores aumentos per cápita se están registrando en las regiones más pobladas del Tercer Mundo. Una perspectiva descabellada puede matar, dice Sen, y la perspectiva malthusiana sobre la producción de alimentos per cápita «tiene las manos manchadas de sangre» (para profundizar más sobre las aportaciones de Sen al estudio de las hambrunas ver el apartado 5.4.12).

Desde las posiciones neomalthusianas muchas veces se afirma que los países del Sur se están empobreciendo cada vez más y sus ingresos per cápita están cayendo conforme aumenta la población. Según Amartya Sen, en general, no hay evidencias de que esto esté sucediendo así. De hecho, por término medio, la población de los países pobres no sólo ha aumentado su PIB per cápita, sino que, durante el periodo 1980-1992, lo han hecho a un ritmo mayor que el del resto de países. El crecimiento del PIB habría sido todavía mucho mayor en los países pobres de no haber sido por los crecimientos negativos de muchos países del África subsahariana. Pero la principal causa de este retroceso económico africano, defiende Sen, hay que buscarla en la inestabilidad política, las guerras y los gobiernos dictatoriales, y no en el crecimiento demográfico³¹.

La producción de alimentos o los ingresos per cápita de un país pueden aumentar a pesar de que algunos grupos sociales estén empeorando, por lo que, para analizar el progreso económico, no nos debemos fiar solamente de los datos agregados. Ahora bien, cuando se analiza el problema de la población, no tenemos que preguntarnos si las cosas van bien en los países del Tercer Mundo (que, según Sen, es evidente que no), sino si el crecimiento de la población es la principal causa de la depravación que sufren estas gentes. La cuestión fundamental es saber si la situación de profunda pobreza en la que viven tantos millones de personas proviene principalmente del crecimiento demográfico o de otros factores. La población general tiende a ver el aumento demográfico como la causa de todas las calamidades que padece la gente pobre (por ejemplo, la miseria de las barriadas chabolistas de muchas ciudades de países del Tercer Mundo). Pero esta forma de razonar no resulta empíricamente convincente. Hay muchos factores causales que afectan al grado de pobreza de un país e intentar relacionarlos sólo con la superpoblación es la negación del análisis social, asegura Sen. Cualquier investigación sobre los efectos del crecimiento demográfico debe ser parte del análisis de los procesos económicos y políticos³².

El 90% del crecimiento actual de la población está teniendo lugar en los países en desarrollo. Esto preocupa a muchos responsables políticos de los países ricos que piensan que la pobreza extrema está obligando a muchas personas del Tercer Mundo a emigrar a Europa o Norteamérica. Es decir, su razonamiento es que la gente empobrecida por la superpoblación emigra del Sur necesitado al Norte rico. Pues bien, Amartya Sen³³ rechaza la teoría de que el crecimiento demográfico sea la causa fundamental de los flujos migratorios internacionales. Según él, la mayor parte de los inmigrantes provenientes del Tercer Mundo no son emigrantes «primarios» sino familiares dependientes (fundamentalmente, esposas y niños pequeños) de quienes ya se han asentado con anterioridad. Muchos de los inmigrantes que consiguen pasar el duro proceso de los trámites burocráticos son trabajadores que desempeñan trabajos valiosos para los países de acogida y, por lo tanto, no son pobres indigentes que se hayan visto forzados a emigrar por la presión del crecimiento demográfico de sus países de origen. Incluso los inmigrantes ilegales que logran burlar los estrictos controles fronte-

rizos no son normalmente los pobres desdichados que suelen morir de hambre sino los que pueden trabajar y ser útiles en los países del Norte rico³⁴.

La creciente expansión de los flujos migratorios internacionales, según Sen, se debe más al dinamismo del capitalismo internacional que al crecimiento demográfico de los países del Tercer Mundo. El mundo se está haciendo cada vez más pequeño gracias a las revoluciones en los medios de comunicación y en los transportes (cada vez resulta más barato trasladarse de un lugar a otro) y está viviendo un proceso de internacionalización de culturas y economías que provoca los flujos migratorios.

En ocasiones, incluso, quienes mantienen posiciones más alarmistas defienden la legitimidad de los gobiernos para poner en práctica medidas coercitivas de control demográfico. Algunas de estas medidas se han aplicado en muchos países pobres. Los casos de China (con su política del hijo único) y la India (durante el gobierno de Indira Gandhi), aunque no son lo únicos, quizá son los más conocidos. Frente a las posturas comminatorias, Sen, inspirándose en los postulados defendidos por Condorcet, es partidario de implementar una estrategia de colaboración basada en el desarrollo económico y social como medio para resolver el problema demográfico. Este desarrollo industrial y económico fue lo que causó el descenso de la fecundidad en Europa y Norteamérica y esta misma experiencia también se ha repetido en otras muchas partes del mundo. La seguridad económica, la mayor riqueza de las sociedades, la más amplia disponibilidad de métodos anticonceptivos, la expansión de la educación (especialmente la de las mujeres) y las menores tasas de mortalidad (sobre todo infantil y juvenil) han tenido y tienen un importante efecto en la reducción de las tasas de fecundidad en diferentes partes del mundo.

Para Amartya Sen, hay pocas dudas de que el progreso social y económico de los países más pobres terminará por disminuir sus tasas de fecundidad. De hecho, la tasa de crecimiento de la población del mundo (incluida la de los países más pobres) lleva años descendiendo. Sin embargo, quienes mantienen posiciones apocalípticas piensan que la amenaza del incremento de la población es de tal envergadura que no podemos esperar a que este proceso gradual de progreso social y económico reduzca las tasas de crecimiento mundial por lo que defienden el uso de medidas drásticas de control demográfico. Para Sen, sin embargo, no hay en la actualidad ninguna emergencia que justifique este tipo de medidas. Lo que sí hay que hacer es apoyar a la gente de los países pobres para que, si desean tener menos hijos, lo puedan hacer a través de la extensión de medidas educativas y sanitarias y del desarrollo social y económico. Hay muchos países pobres que han conseguido ampliar los servicios educativos y sanitarios disponiendo de escasos recursos y sin necesidad de esperar a alcanzar niveles económicos elevados. Sri Lanka, Costa Rica, Indonesia y Tailandia son unos buenos ejemplos, aunque no los únicos³⁵.

Hay quienes, sin apoyar las medidas de carácter coercitivo, consideran que se debe dar especial prioridad a la difusión de programas de planificación familiar,

incluso si ello supone detraer recursos que pudieran dedicarse a la mejora sanitaria, a programas educativos u otras medidas asociadas al desarrollo. Suelen argüir que en muchos países se ha conseguido bajar las tasas de fecundidad simplemente mediante la difusión de servicios de planificación familiar, sin necesidad de esperar a conseguir mejoras sanitarias y educativas. Para Amartya Sen, derivar recursos que pueden mejorar el sistema educativo y sanitario para dedicarlos a programas de planificación familiar, no sólo tendrá efectos negativos en el nivel de vida de muchas personas y reducirá su libertad, sino que, además, puede ser incluso contraproducente para conseguir el objetivo de frenar el crecimiento demográfico³⁶.

El eslogan «la planificación familiar primero» se basa no sólo en una idea equivocada de lo que realmente es necesario para conseguir que las tasas de fecundidad descendan, sino también en un cálculo erróneo de los verdaderos costes del desarrollo social. Los programas de desarrollo social, según Sen, requieren mano de obra intensiva y, por lo tanto, no son excesivamente caros y se pueden llevar a cabo incluso en los países económicamente más atrasados donde realmente exista una voluntad política.

Las políticas forzosas de control de la natalidad, además de que conllevarían abusos sociales espeluznantes, son poco eficaces para conseguir el objetivo de frenar el crecimiento demográfico. Los grupos de derechos humanos y las organizaciones feministas, en particular, se han interesado de manera especial por la pérdida de libertad que acarrea estas medidas. Además, las consecuencias sociales pueden ser terribles. En los países que prefieren claramente a los hijos varones (característica que China comparte con la India y con otros muchos países de Asia y del norte de África), la política del hijo único puede ser perjudicial para las niñas, ya que incita a los padres a desatender a las hijas o incluso a fomentar el infanticidio femenino. Esto es lo que, como veremos más adelante, ocurre a gran escala en China y la India³⁷ (ver apartados 6.4, 6.5 y 6.6).

Para reducir las tasas de fecundidad en los países del Tercer Mundo hay que dar más oportunidades educativas a los jóvenes (sobre todo a las mujeres), hay que reducir las tasas de mortalidad (sobre todo la infantil y la juvenil), hay que mejorar la seguridad económica (sobre todo la de las personas mayores), hay que dar más autonomía a las mujeres a través de una mayor participación en las actividades remuneradas fuera del hogar (respetando sus derechos de propiedad) y hay que facilitar la participación de las mujeres en las acciones políticas y fomentar su posición en la cultura social. En definitiva, la solución al problema del crecimiento demográfico está en la expansión de la libertad de los individuos, no en la implantación de medidas coercitivas. «La solución al problema demográfico no exige menos libertad sino más», afirma Sen³⁸.

4.2.4. Massimo Livi-Bacci

El italiano Massimo Livi-Bacci (nacido en 1936) es profesor de demografía en la Universidad de Florencia y ha sido nombrado doctor honoris causa por las Universidades de Lieja y Complutense de Madrid. Ha sido Presidente de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población y es considerado uno de los más prestigiosos demógrafos del mundo. En el año 2006 fue elegido senador en Italia.

Las conclusiones de los análisis llevados a cabo por Livi-Bacci³⁹ indican que las relaciones entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico son bastante débiles. En los últimos dos siglos, el crecimiento demográfico no ha impedido el desarrollo económico sino que, por el contrario, existen pruebas de que lo ha favorecido. Aunque se mantiene en posiciones neutrales, Livi-Bacci reconoce que aquellos países que han tenido mayor desarrollo económico también han aumentando notablemente su población. Admite que no ha sucedido ninguna de las profecías pronosticadas por los neomalthusianos con relación a la disponibilidad de los recursos naturales (no se han hecho más escasos o costosos) y apunta los siguientes factores que teóricamente pueden haber contribuido, desde principios del siglo XIX hasta la actualidad, a acelerar el desarrollo económico:

- 1) Factores estrictamente demográficos. La disminución de la mortalidad a lo largo de la transición demográfica condujo a que la población fuera más eficiente y productiva durante un periodo de tiempo mayor y permitió que la gente hiciera planes a mucho más largo plazo. La disminución de la natalidad redujo la pérdida de energía y recursos en la crianza de la prole y permitió que las mujeres pudieran participar con mayor intensidad en actividades más directamente productivas. El cambio en la estructura por edades que trajo consigo el descenso de la natalidad y la mortalidad hizo que disminuyeran, en un primer momento, las tasas de dependencia.
- 2) Factores de escala y de magnitud en general. Numerosos estudios han confirmado que la ampliación del mercado gracias al crecimiento demográfico estimuló la productividad industrial. El incremento de la población facilita la división del trabajo (cuyos efectos beneficiosos ya fueron ilustrados magistralmente por Adam Smith) y genera economías de escala. Sólo cuando se alcanza una determinada densidad demográfica es posible desarrollar sistemas más favorables para la utilización o producción de determinados recursos. Otros ejemplos clásicos tienen que ver con la inversión en infraestructuras que requiere un mercado suficientemente grande. Además, la perspectiva de inversión que genera en los empresarios una población creciente les sirve de estímulo para asumir nuevas iniciativas empresariales o reforzar las que ya se han tomado.
- 3) Las reservas de conocimientos y el progreso técnico. El progreso se produce cuando los individuos con ingenio crean nuevos conocimientos. Cuanto

mayor sea la población mayor número de creadores de conocimiento habrá, si todo lo demás permanece igual. Si la producción de conocimientos se ve favorecida por factores de escala, el desarrollo económico se verá favorecido⁴⁰.

4.3. LA VISIÓN OPTIMISTA DEL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO: LA ESCUELA FRANCESA

4.3.1. Paul Leroy-Beaulieu: el problema real de los países civilizados es el estancamiento o el descenso de su población

La preocupación de los demógrafos y políticos franceses sobre la evolución de la población en Francia ha estado tradicionalmente condicionada por sus miedos a las consecuencias militares de un rápido descenso de la fecundidad. Después de la derrota en la guerra franco-prusiana del año 1870, creció en Francia la preocupación por el poderío militar francés en relación con el nuevo imperio germano. Desde entonces se desarrolló en el país gallo una campaña en contra de los postulados neomalthusianos. En 1896 se fundó la Alianza Nacional para el Incremento de la Población Francesa, un verdadero grupo de presión entre cuyos logros está la aprobación del «Código de Familia».

El economista francés Paul Leroy-Beaulieu (1843-1916) rechazó los presuntos malthusianos (que consideró aplicables sólo a los pueblos primitivos y bárbaros) y llamó la atención sobre el hecho de que el problema real de los países civilizados era el estancamiento o el descenso de su población. Aportando datos demográficos de Francia, sostuvo que el nivel de fecundidad disminuye con la difusión del bienestar y el progreso. En las sociedades más retrasadas los niños comienzan a trabajar a edades muy tempranas y cuando tienen diez años ya aportan a sus familias mucho más de lo que consumen enriqueciéndolas económicamente. La situación se invierte cuando en las poblaciones desarrolladas se suprime el trabajo infantil y se fija como obligatoria la educación. Aunque, según Leroy-Beaulieu, la caída de la fecundidad se debió fundamentalmente al deseo de los individuos y de las familias de ascender socialmente, lo que se consigue más fácilmente cuando se tienen pocos hijos (en esto coincidió con la teoría expuesta por su compatriota y contemporáneo, Arsène Dumont). Asimismo, la situación nueva de las mujeres que buscan emanciparse y desarrollar carreras profesionales hace que la maternidad sea menos deseable. El estancamiento demográfico afecta adversamente a la productividad y la iniciativa mientras que una población grande y creciente promueve el espíritu de empresa y la creatividad⁴¹. Estas ideas fueron la base fundamental de numerosas teorías contemporáneas de la población, como la «teoría de los flujos de riqueza inter-

generacionales» del demógrafo australiano John Caldwell⁴², o la defendida por Julian L. Simon⁴³ y otros cornucopianos.

4.3.2. Adolphe Landry: la despoblación tiene consecuencias nefastas

Adolphe Landry (1874-1956) se inclina en su obra hacia una variante del socialismo católico. Su libro más conocido es *La revolución demográfica* publicado en el año 1934. Su influencia sobre los demógrafos franceses contemporáneos es innegable. Incluso muchos demógrafos de África, Asia y otras partes del mundo que se han formado en Francia tienden a menudo a tener una visión pronatalista. Landry se refiere con el término de «revolución demográfica» al proceso de reducción de las tasas de fecundidad que acompaña a la caída de la mortalidad que, según él, tendrá lugar primero en las sociedades más avanzadas y más tarde entre los pueblos más prolíficos. En las poblaciones donde ocurre esta revolución demográfica, la fecundidad se frena de tal modo que es muy difícil mantener un nivel mínimo que asegure el reemplazo generacional. Por lo tanto, siguiendo la línea de pensamiento de su compatriota Paul Leroy-Beaulieu, Landry advierte de que el problema de estas sociedades no es el de la superpoblación sino el de la despoblación: a lo largo de la historia de la humanidad ha habido civilizaciones que se han extinguido como consecuencia de la despoblación.

Según Landry, la despoblación tiene consecuencias nefastas: los países vecinos pueden tener la tentación de aprovechar su superioridad numérica (es evidente que Landry temía una nueva invasión alemana sobre Francia), disminuye el bienestar de los ciudadanos porque cada individuo tiene que soportar un porcentaje mayor del coste de las infraestructuras que se llevan a cabo, frena el avance científico, produce una sensación de desesperanza, etcétera. El propio Landry, que ocupó varios puestos ministeriales en el Gobierno francés en los años veinte y treinta, puso en marcha una serie de medidas tendentes a favorecer a las familias numerosas⁴⁴.

4.3.3. Alfred Sauvy: ¿crecimiento cero?

Alfred Sauvy (1898-1990) fue el creador del prestigioso Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París y uno de los más reconocidos demógrafos internacionales. En uno de sus libros, publicado en 1973 y titulado *¿Crecimiento cero?*, cuestiona a quienes defienden el estancamiento de la población y la economía como solución a los problemas que está viviendo nuestro planeta desde hace décadas. Consideró que tanto los planteamientos de la corriente malthusiana como los de los antimalthusianos son simplistas y tienen una gran carga emocional. Pensaba que no hay «un problema de la población mundial», sino que existen regiones donde la amenaza de superpoblación es seria y otras donde la escasez de gente puede acarrear graves problemas⁴⁵.

Calificó a los ecomalthusianos Paul y Anne Ehrlich como «profetas» con una ignorancia supina en temas demográficos. Opinaba que mucha gente supone que el medio es independiente del crecimiento demográfico y que el crecimiento de la población en un medio limitado reduce la parte de riqueza que le corresponde a cada uno sin darse cuenta de que un ser humano más es una boca más que alimentar, pero también son dos brazos más para producir. Es decir, la relación causa-efecto no es unilateral y los hechos desmienten la opinión tan extendida de que la degradación medioambiental sea el resultado del crecimiento demográfico. Decía que se podían encontrar regiones latinoamericanas o africanas donde la erosión es a menudo una consecuencia directa no de la superpoblación sino del déficit demográfico.

Sauvy señaló que el mismo Frank Notestein, ex Presidente del Population Council y firme defensor del control de la natalidad, reconocía que, incluso si tuviera la mitad de población, Estados Unidos seguiría padeciendo los mismos problemas ecológicos. El crecimiento demográfico no puede ser considerado como el responsable de los males medioambientales. Si analizamos con detenimiento, señalaba Sauvy, veremos que la mayor parte de los daños ecológicos se deben a que los bienes son «gratuitos», es decir, allí donde un bien limitado es consumido gratuitamente se produce despilfarro y daño para la colectividad.

En Estados Unidos se elaboraron algunos modelos matemáticos con objeto de demostrar la conveniencia de que los países pobres limitaran su crecimiento demográfico, pero nunca se pudieron confirmar los pronósticos más pesimistas. Sauvy calificó estos estudios como descuidados porque, al contrario de lo que pronosticaban, en muchos países el rapidísimo crecimiento de la población no tuvo una influencia desfavorable sobre el nivel de vida ni disminuyó la producción per cápita de alimentos. El error general que cometían todos esos modelos y teorías era que ignoraban el factor humano y la reacción de las personas frente a las dificultades (la vitalidad de los humanos). La mayoría de los modelos de la moeconomics no tuvieron en cuenta el factor clave, es decir, la contribución a la riqueza general que realiza un niño cuando llega a adulto. Todas las previsiones pesimistas lanzadas desde hacía dos siglos sobre el exceso de población, afirma Sauvy, han fracasado sin excepción, lo cual no significa necesariamente que el crecimiento de la población no sea excesivo en algunos casos⁴⁶.

Sauvy admitía que existían países superpoblados, pero advertía que no se debía confundir superpoblación con subdesarrollo. Un análisis superficial de los parados de un barrio de Nueva York o de los hambrientos de las calles de Calcuta puede llevarnos a la conclusión de que sobra gente y de que reducir la población tendería sus ventajas. Ahora bien, cuando se mira el tamaño de una población no se disminuye solamente el contingente de parados o hambrientos. Cualquiera reducción demográfica (a no ser que sea en la misma proporción en todos los grupos de edad) alteraría la distribución por edades y plantearía problemas que en muchas ocasiones son ignorados o subestimados. Una población joven, aconsejaba Sauvy, no debería frenar bruscamente su crecimiento puesto que sufriría

importantes desórdenes en muchos ámbitos socioeconómicos (empleo, educación, jubilaciones, familia, etcétera) durante al menos dos siglos. Estos efectos se percibirían incluso si el frenazo se produjera en un país desarrollado⁴⁷.

Creer demasiado deprisa acarrea importantes cargas y obliga a la generación presente a sacrificarse por la siguiente, pero crecer lentamente (o decrecer) provoca muchos desarreglos estructurales, por lo que es mejor mantener un «ritmo óptimo de crecimiento». Al analizar el presupuesto del Gobierno francés en 1939, Sauvy halló que sólo el 20% del gasto público variaba en función de la población. El otro 80% eran gastos que tenían que ser satisfechos independientemente de que la población aumentara o disminuyera. De esta manera se dio cuenta de que una población estacionaria o decreciente se tiene que enfrentar a un aumento considerable de los «gastos fijos» per cápita para atender las necesidades del Estado. Hay una serie de costes fijos, tanto públicos como privados, cuya carga per cápita puede llegar a ser muy pesada para una población que no crezca⁴⁸.

Francia fue el primer país del mundo en reducir los niveles de fecundidad. Muchos historiadores franceses admiten que el progreso relativamente lento de la agricultura y la industria francesas en el siglo XIX se debió a la ausencia de suficiente presión demográfica. En 1954 se celebró en Roma la Primera Conferencia Mundial de Población, organizada por las Naciones Unidas. El delegado del Gobierno francés, Alfred Sauvy, sorprendió al auditorio al declarar que si la reducción del crecimiento demográfico fuese realmente la clave para el progreso económico, Francia sería entonces el país más rico del mundo (ya que hacía dos siglos que los franceses habían sido pioneros en la reducción de la fecundidad). Bien al contrario, Sauvy consideraba que la escasa presión demográfica fue la causa de la tardía industrialización francesa y de su baja tasa de productividad durante el siglo XIX.

Sauvy advirtió de que era más difícil ver las ventajas del crecimiento demográfico que los inconvenientes. El desarrollo económico exige cambios de estructuras, métodos, profesiones, etcétera; pues bien, es mucho más sencillo modificar la composición social mediante adiciones (añadiendo gente) que mediante amputaciones (eliminando población). Aplicado al ámbito demográfico, esto quiere decir que es más fácil desarrollar una población que crece que otra que disminuye. El aumento demográfico también permite una mayor división del trabajo y la reducción de los desequilibrios demográficos. Según este demógrafo francés, todos los éxitos económicos de la historia han coincidido con notables incrementos de su población. Ningún estancamiento o retroceso demográfico ha sido positivo en ninguna parte del mundo⁴⁹.

Uno de los fenómenos más importantes de nuestro tiempo es el envejecimiento demográfico provocado, fundamentalmente, por la caída de la fecundidad. Todos los países del mundo se enfrentan, en distintos niveles, al dilema de «crecer o envejecer». Aunque el envejecimiento ocasiona graves problemas económicos, es mucho más peligroso por sus consecuencias morales: una población anciana

no es capaz de reaccionar y encontrar las innovaciones que le permitan superar sus dificultades; el poder en manos de la población anciana fomenta el conservadurismo decadente; una población joven tiene un espíritu diferente al de una población dedicada por completo a los problemas de la vejez. Incluso los países ya muy poblados, proponía Sauvy, deberían como mínimo asegurarse el relevo generacional si no quieren sucumbir bajo los estragos de la única enfermedad que no tiene remedio: la vejez. El antídoto es claro: no dejar que se debilite la natalidad⁵⁰.

4.3.4. *Pierre Chaunu: ¡salvar la vida!*

El historiador Pierre Chaunu (nacido en 1923), profesor emérito de la Universidad de la Sorbona y miembro de la Academia Francesa, ha advertido reiteradamente sobre las nefastas consecuencias del colapso demográfico que afecta a buena parte de la población mundial. Le inquieta enormemente el silencio que muchos expertos demógrafos mantienen sobre el derrumbamiento, sin precedente alguno en la historia, de la fecundidad de los países occidentales. En tres de sus trabajos publicados en español (*Historia y población. Un futuro sin porvenir*, de 1982; *Historia, ciencia social*, de 1986, y *El rechazo de la vida*, de 1979) expone no sólo la gravedad del problema que supone la reducción de la población, sino que expresa con meridiana claridad cuáles serían las medidas que habría que poner en marcha para solucionarlo. Básicamente, todas sus propuestas podrían ser resumidas en un solo lema: ¡Salvar la vida! El mayor peligro que hay que combatir es el rechazo a la vida de las sociedades occidentales. Llama a la movilización promoviendo una «gran política de la vida», puesto que la gran amenaza que están sufriendo los países desarrollados puede extenderse a los países del Tercer Mundo. Las regiones en desarrollo corren el riesgo de ser aspiradas por la espiral de la «implosión demográfica». Estas advertencias de Chaunu, escritas a finales de los años setenta, fueron premonitorias, puesto que, en la actualidad, más de la mitad de la población mundial no asegura su reemplazo generacional y una buena parte de esa población reside en regiones en desarrollo (especialmente en China).

Para Chaunu, la conservación de la especie humana y la restauración social exigen que se proteja a la familia. Es necesario hacer de la célula familiar el centro de las transferencias. En el año 1939 se aprobó en Francia el «Código de la Familia», al que le siguieron otras medidas legislativas protectoras de la unidad familiar en los años 1945 y 1946. Según las estimaciones de Chaunu, el coste de un niño francés de finales de los años cuarenta estaba cubierto por el estado en un 80%, mientras que en el año 1972 no llegaba al 30%, lo que supone, en su opinión, la mayor regresión social de la historia francesa. Para poder pagar las pensiones y asegurar una calidad de vida digna a nuestros mayores es necesario asegurar antes el inicio de la vida. Es obligado diseñar una política familiar que tenga en cuenta plenamente el coste de la reproducción. Quienes no tienen hijos

han de ser solidarios con los que los tienen. Una política familiar es una simple política de justicia y la justicia implica solidaridad. Puesto que los niños son una necesidad para la sociedad, es necesario que el coste de criarlos sea sufragado íntegramente por la colectividad⁵¹.

En definitiva, Chaunu propone socializar el coste de la reproducción. La sociedad tiene que cesar de robar a la célula familiar (que es la que corre con la mayor parte de los gastos de la crianza de los hijos) y ha de terminar con una de las injusticias más escandalosas de nuestro tiempo: la que se infringe sobre las madres que dedican gran parte de su vida al cuidado y educación de sus hijos y a las que, sin embargo, se abandona sin que se les reconozca ningún derecho. Es necesario que se acepte y valore la utilidad social de la maternidad, asignando a las mujeres unos generosos salarios maternos y cotizaciones a la Seguridad Social. Asimismo, sugiere que habría que incentivar económicamente los nacimientos, proveer de viviendas adecuadas a las familias en función del número de hijos que tengan, dotar a las familias de descansos de paternidad remunerados y remodelar el espacio, el tiempo y el trabajo en función de las necesidades familiares, puesto que esta institución es la generadora de la vida. Las medidas existen pero son costosas y sólo hace falta poner la voluntad necesaria para llevarlas a cabo. Sólo así se podrá conseguir que la humanidad tenga un crecimiento demográfico moderadamente razonable⁵².

4.3.5. *Gérard-François Dumont: el invierno demográfico*

El demógrafo francés Gérard-François Dumont (nacido en 1948), profesor de la Universidad de la Sorbona de París y discípulo de Alfred Sauvy, ha denunciado con insistencia que en muchas ocasiones se ha utilizado la demografía como el chivo expiatorio de los males del mundo. En concreto, considera que los libros escritos en torno a 1970 por los neomalthusianos Paul Ehrlich (*La bomba de la población*) y Meadows et ál. (*Los límites del crecimiento*) han servido de base para que los medios de comunicación hayan difundido entre la opinión pública el miedo al crecimiento demográfico. Según Dumont, este tipo de publicaciones no tiene ninguna base científica y suponen un llamamiento al genocidio. Las verdaderas causas de los males de la humanidad, como el hambre o la pobreza, realmente se encuentran en los graves errores de determinadas decisiones políticas, en las guerras o en las prácticas corruptas de muchos responsables políticos. Los escritos de Ehrlich y Meadows sirvieron de excusa para que muchos países implementaran políticas demográficas muy agresivas (como las que llevaron a cabo la presidenta Gandhi en la India o el gobierno comunista chino) que, además de violar derechos humanos básicos, están teniendo efectos socioeconómicos muy perjudiciales.

En definitiva, el problema al que se está enfrentando la mayor parte de los países occidentales no es la explosión demográfica (el crecimiento acelerado de la población) sino la «implosión demográfica» (el descenso rápido del número de

personas)⁵³. El envejecimiento de la población, la pequeña proporción de jóvenes y el incremento del número de personas mayores es un fenómeno nuevo que apareció por primera vez en Francia en el siglo XIX y que se ha extendido por toda Europa. El descenso persistente de la fecundidad por debajo del nivel de reemplazo generacional en muchos países occidentales, que tiene lugar especialmente a partir de 1970, lleva a Dumont a denominar este periodo como «invierno demográfico». Esta baja fecundidad provoca, entre otras consecuencias, un descenso permanente en el número de personas activas por cada jubilado, lo que llena de preocupación a los responsables políticos.

Se pregunta Dumont si Europa será capaz de reemplazar sus generaciones y, por tanto, de impedir «el festín de Cronos»⁵⁴ (ese personaje de la mitología que rechazaba el porvenir devorando a sus propios hijos). Bastaría apartarse del espíritu malthusiano privilegiando la acogida de la vida y la solidaridad entre generaciones mediante políticas protectoras de la familia, para conseguir vencer esta tendencia que vivimos ahora en Europa. Sin embargo, los datos de los últimos años señalan que el viejo continente, lejos de incrementar sus nacimientos, se «alimenta» demográficamente de chicos y chicas jóvenes, cargados de ilusión en su inmensa mayoría, que suben desde África o cruzan el Atlántico y el Pacífico desde Latinoamérica y Asia en busca de un mejor futuro.

4.3.6. *Jean-Claude Chesnais: las doctrinas catastróficas son las que ejercen más atractivo sobre la imaginación*

Jean-Claude Chesnais (nacido en 1948) es también discípulo de Alfred Sauvy y trabaja como investigador del Departamento de Demografía Económica del Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París. En su libro *La revancha del Tercer Mundo*⁵⁵, desmonta las bases teóricas de las predicciones apocalípticas típicas de los neomalthusianos (Ehrlich, Club de Roma, Bairoch, Lacoste...). El libro es una operación de limpieza ideológica que desmantela dos grandes mitos forjados a lo largo del siglo XIX por Malthus y Marx: el de la catástrofe demográfica y el del empobrecimiento de los países «dominados» del Tercer Mundo.

A priori, el examen detallado de los efectos del crecimiento demográfico sobre el bienestar económico nos indica que éstos pueden ser positivos o negativos. Se pueden exponer distintas hipótesis sobre las consecuencias que el crecimiento demográfico tiene sobre el desarrollo económico. La literatura malthusiana señala los aspectos negativos del crecimiento demográfico argumentando que acrecienta la presión sobre los recursos naturales limitados (ley de rendimientos decrecientes). Una fecundidad elevada obliga a gran parte de la población adulta a dedicar tiempo, recursos y esfuerzos a criar sus hijos por lo que la actividad productiva extradoméstica de las mujeres, fundamentalmente, se reduce. El fuerte crecimiento demográfico también puede debilitar el potencial de formación de capital.

Pero el crecimiento demográfico puede tener también efectos muy positivos al ser un valioso estímulo para incrementar el nivel de vida, ya que aporta mano de obra para explotar los recursos naturales y amplía los mercados, lo que hace posible la producción en serie. También puede incrementar la demanda de infraestructuras y nuevos equipamientos que, muchas veces, sólo se pueden llevar a cabo cuando se alcanza un nivel mínimo de densidad demográfica. La mejora de las condiciones sanitarias, plasmada en el descenso de la mortalidad, aumenta la capacidad de trabajo de los individuos y fortalece su actitud con respecto al ahorro y a la inversión porque amplía las expectativas de vida. Asimismo, una población en crecimiento puede intensificar la productividad al movilizar capacidades de trabajo y de recursos infrutilizados y al transformar las técnicas agrícolas. Cuanto más rápido sea el crecimiento demográfico, más rápida será la sustitución de generaciones de trabajadores analfabetos o semianalfabetos por generaciones nuevas mejor formadas y más abiertas a la modernidad (siempre y cuando se mejore el sistema educativo).

Chesnais también cree que el crecimiento demográfico y el económico están unidos y obedecen a un mismo motor externo como el cambio institucional o el progreso técnico. Por ejemplo, la acumulación del saber y del poder tecnológico puede mejorar la salud pública (que permitirá reducir la mortalidad y aumentar la tasa de crecimiento demográfico) y la producción económica, por lo que ambos fenómenos (crecimiento demográfico y económico) tendrán lugar de manera simultánea (como así sucedió en la Europa del siglo XIX). El mayor o menor peso de los aspectos positivos o negativos del crecimiento demográfico dependerá, por lo tanto, de las políticas de desarrollo puestas en práctica por los gobiernos y de la difusión del progreso tecnológico en las diferentes esferas de la vida colectiva⁵⁶.

¿Qué es lo que ha ocurrido en la realidad? Las predicciones catastróficas no se han cumplido y el Tercer Mundo ha sobrevivido a la «temida» explosión demográfica. El pesimismo en torno a las implicaciones del crecimiento rápido de la población en los países pobres ha sido excesivo. Los países del Tercer Mundo tuvieron el máximo crecimiento demográfico en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Entre 1945 y 1985 su población pasó de 1.500 a 3.700 millones. Este extraordinario crecimiento poblacional estuvo acompañado de otro fuerte crecimiento económico. Entre 1950 y 1980, la tasa media de crecimiento económico en los países en desarrollo fue del 5% anual, es decir, el doble de la tasa de crecimiento demográfico (2,5%). El primer informe sobre desarrollo del Banco Mundial del año 1978 reconoció que los ingresos de casi todos los países del Tercer Mundo habían aumentando más rápidamente que su población, con lo que mejoró sus rentas per cápitas. Estos éxitos echan por tierra las profecías más alarmistas de los neomalthusianos. Una vez más, el crecimiento demográfico y el económico han ido juntos y, lejos de estorbarse, parece como si se hubieran apoyado mutuamente⁵⁷ (en el apartado 5.4.9 se recoge información más actualizada sobre este tema).

Chesnais reconoce que hay casos importantes de países del Tercer Mundo que han sufrido una regresión económica, pero responsabiliza de ello a las guerras (Corea, Vietnam, Camboya, la India, Pakistán, Nigeria, Medio Oriente, etcétera), la gestión política desastrosa, la dilapidación de los fondos públicos y de la ayuda internacional, las políticas totalitarias y corruptas, etcétera. No se puede echar la culpa a la demografía de los casos de retrocesos económicos; de hecho, muchas veces han sido las regiones más densamente pobladas las más prósperas (Países Bajos, Bélgica, Japón, Hong Kong, Singapur...). Las causas del fracaso económico rara vez van unidas a la situación demográfica en cuanto tal. La historia económica moderna tiende más bien a asociar, aunque sea en una relación esencialmente ambigua, prosperidad económica y crecimiento demográfico. No duda Chesnais en señalar que fue Malthus quien se equivocó en el debate que mantuvo con Condorcet; la historia ha dado claramente la razón a este último, pero la opinión pública no parece haberse enterado, porque son las doctrinas catastrofistas las que ejercen un especial atractivo sobre la imaginación⁵⁸.

4.4. EL OPTIMISMO SOBRE EL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO DE ALGUNOS DISTINGUIDOS ECONOMISTAS

4.4.1. *Simon Kuznets: no hay razón alguna para creer que una población más grande no vaya a poder aumentar su producción per cápita*

Simon Kuznets (1901-1985), de origen judío, nació en Pinsk (Bielorrusia) pero emigró de joven a Estados Unidos, donde obtuvo la nacionalidad. Recibió el Premio Nobel de Economía en el año 1971. Durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial empezó a dirigir un monumental estudio sobre el crecimiento económico. Construyó una inmensa base de datos históricos sobre la actividad económica durante largos periodos de tiempo en los países desarrollados.

En su libro *Crecimiento económico moderno*⁵⁹, Kuznets analizó las consecuencias que tuvieron las tendencias demográficas sobre el crecimiento económico moderno en los últimos 200 años. En sus trabajos aportó un elenco de brillantes e innovadoras ideas sobre la relación entre el crecimiento de la población y el desarrollo económico que supuso un cambio radical en la literatura científica. Hasta entonces sólo se hacía un especial énfasis en las desventajas y peligros del crecimiento demográfico. Él desgarró una serie de razones con las que explicaba cómo el incremento de la población contribuye de manera muy positiva al desarrollo económico.

Kuznets⁶⁰ llegó a la conclusión de que durante el periodo moderno, es decir, desde finales del siglo XVIII, los datos estadísticos disponibles no mostraban ni

un solo caso en el que un aumento sostenido de la población se viera acompañado por una caída secular en la producción per cápita. El crecimiento de la población, a pesar de la presión sobre las existencias de los recursos naturales y el capital, ha permitido importantes aumentos en la producción, especialmente en los países tecnológicamente más desarrollados.

Explicó cómo la caída de las tasas de mortalidad (que fue la razón principal del crecimiento demográfico) pudo haber ayudado a aumentar la producción per cápita. El descenso de las tasas de mortalidad redujo el enorme despilfarro que suponía criar una gran cantidad de hijos que luego fallecían antes de poder contribuir a aumentar el producto y el bienestar de la sociedad, y liberó gran parte del potencial de la fuerza laboral femenina. El descenso de las tasas de mortalidad estuvo también acompañado de una disminución de la tasas de mortalidad, es decir, de la incidencia de las enfermedades que incapacitan temporal o permanentemente a la población y merman su productividad.

El control de las epidemias y otros desastres permitieron que se pudieran iniciar proyectos empresariales nuevos, ya que un mercado en expansión reduce los costes de los errores de las inversiones. El alargamiento de la esperanza de vida supuso también un incremento del periodo productivo de todos los individuos: «Si bien el hombre moderno, como sus antepasados, todavía nace con fatigas y muere con dolor, en la actualidad hay más facultad de decisión humana y muchas menos alarmas imprevistas en lo concerniente al nacimiento y a la muerte. En tanto que esta nueva situación fortalece la creencia de que el destino del hombre está en sus manos, contribuye a su progreso material»⁶¹.

Cuando la población crece, si todo lo demás permanece igual, aumenta la fuerza laboral. La producción per cápita de esta fuerza laboral más numerosa será igual o mayor si se la equipa con la misma o mayor cantidad de capital por trabajador que antes de producirse el aumento demográfico. Obviamente, la contribución a la producción de la población adicional dependerá de su nivel educativo y de su nivel de destrezas así como de la disponibilidad de capital.

Kuznets⁶² ofrece varias razones por las que la productividad y, por lo tanto, los ingresos per cápita, serán mayores en una población más numerosa. En primer lugar, señala que los trabajadores adicionales harán posible que se pueda explotar mejor los recursos naturales de los que disponga el país, lo que unido a una mayor división del trabajo, generará una mayor producción por trabajador. El quid de la cuestión de este argumento descansa en dos puntos: a) un incremento demográfico de zonas poco pobladas del país facilitará la explotación de los recursos naturales que antes eran inaccesibles, lo que aumentará la productividad media; b) una fuerza laboral más numerosa hará posible una mayor división del trabajo. Por ejemplo, el que antes de la Primera Guerra Mundial la mayor parte de la inmigración procedente de Europa se desviara hacia Estados Unidos en lugar de dirigirse a Brasil o Canadá privó a estos dos últimos países de un incremento de su producción total y per cápita. Una política migratoria